



La sirena y el halcón

Andrés Acosta

Novela ganadora del Premio
FeNaL-Norma 2021



www.edicionesnorma.com

*A mi padre,
por el mundo que me ha mostrado.*

S



Me propongo contar

lo que sucedió desde que nuestro querido puerto perdió la cabeza. O bueno, desde un poco antes, aunque no tan antes como desde que se formó la bahía o desde que vinieron buscando el oro a estas tierras. Comienzo por un extremo. ¿Es esto el principio? Sigo un camino que se curva y serpentea; a la mitad se tuerce para que yo termine mirando en sentido contrario.

Soy Cali.

Calímaco. Mira que ponerle así a un hijo, qué cosa. Papá era un bromista, un embaucador. Papá se aprendía frases sueltas de un libro cualquiera y las soltaba a la menor provocación. Las decía con voz de locutor. Llegaba y soltaba una frase que nadie entendía, pero que sonaba

tan bien que no había manera de contradecirlo; debía significar algo profundo. Adonde llegara, lograba silencios de asombro a su alrededor. A su modo, era un artista, admirado por lancheros y vendedores de agua de coco. ¿Hasta qué punto engañaba a las personas? Tal vez a mi padre se le frieron los sesos. Se creía sus propias mentiras; de otra manera no hubiera podido ser convincente al grado de que lo tuvieran por el hombre culto del barrio. Recurrían a él para solicitar consejos sabios y preguntarle dudas que iban desde la historia de nuestro puerto hasta cómo curar de espanto a un niño. Él no tenía el menor empacho para recibir en pago alguna prenda valiosa, comestible o, mejor aún, bebestible.

Pero no quería hablar de papá. No quería empantarme con su historia. Quería empezar por contarles quién soy. Soy Cali, aunque cuando digo mi nombre no abro sino una pregunta. ¿Qué demonios es Cali y a quién le importa? Lo siento, para responder debo hablar de papá de nuevo.

Papá sacó mi nombre de la basura, igual que sacaba sus rimbombantes frases del monstruo de pulpa con el que luchaba cada día. Papá tenía un trabajo infame, pero supo encontrarle el lado jugoso. Papá se afanaba desde temprano en la planta de reciclaje de papel. Era de los pocos que soportaban sumergirse en la masa húmeda y maloliente de papel para destrabar la máquina cada vez que se atoraba a medio proceso. Cada que

buceaba en esa licuadora gigante que convertía cartón, libros y empaques en un mar de pulpa, regresaba con el cuerpo cubierto de emplastes que, antes de que se convirtieran en una pasta que borraría sus mensajes para siempre, podían ser descifrados. Su cuerpo quedaba tatuado con anuncios de galletas, marcas de huevo y palabras provenientes de libros escolares, de superación personal, revistas y cómics baratos. Antes de darse un regaderazo, papá repasaba su cuerpo, leía con atención sus brazos y sus piernas hasta descubrir una frase que hubiera sobrevivido. De vez en cuando había oraciones que se sobreponían y generaban frases nuevas: esas eran las más originales.

Papá era un embaucador, pero también un gambusino. Él reciclaba palabras, oraciones que en su piel, y bajo su mirada, se convertían en pepitas de oro. No es casual que los árboles y los libros estén compuestos de la misma sustancia, pues lo que hay en ellos crece, florece y hasta enfrutece.

Papá bromeaba diciendo que él parió mi nombre. Así, de la basura, él enfruteció mi nombre a partir de alguna vieja enciclopedia, de esas que se usan para calzar un sofá al que le falta una pata hasta que alguien tropieza, se tuerce un tobillo y condena la enciclopedia al reciclaje. Después de una de las primeras inmersiones de mi papá en el mar de papel, apareció mi nombre en su panza, junto al ombligo. Ahí mero

apareció escrito: Calímaco. Y debajo de él, un rostro dibujado a línea: una cara imponente que papá pensó que me convendría tener, sin importarle que nuestra herencia genética caminara por una senda distinta. Ya se imaginarán que con ese nombre y esta cara, que nada tiene de griega, fui el blanco de las burlas de los niños cuando se pasaba lista. Había nombres feos, pero el mío ganaba los concursos.

Hasta que un día, harto de ser el centro, los bordes y el relleno entero de las burlas, nadé sin descanso hasta La Rocota. A cada brazada cacheteaba el mar, y él como si nada, mientras que mis palmas ardían. ¿Quería demostrarme que era capaz de la hazaña de la que se jactaban los aguerridos, los que más se burlaban de mí? ¿O fue un impulso suicida? Llegué al islote, con los pulmones desinflados, y quedé tendido boca abajo entre la espuma de las olas. Hice el papel de náufrago en mi película privada. Me levanté y caminé hasta enfrentar la gran roca en medio del islote, la roca que salió de la resortera de un niño gigante que rompió la tierra para formar la bahía, según mi abuela. Grité mi nombre a La Rocota; grité y grité con mis pulmones desinflados. A cada grito escuchaba el eco de mi nombre aborrecido; escuchaba mi nombre encimado, sobrepuesto.

Calímacocalímaco. Macocalímacocalí...

Y así, como el niño gigante de la leyenda, que con esa piedra rompió el suelo, yo estrellé mi nombre contra su

roca hasta que se quebró. Al final de la maraña del eco escuché tres veces:

Cali, Cali, Cali...

Así rompí mi nombre, que se partió en dos como un coco al estrellarse contra La Rocota. Desde entonces uso esa mitad, igual de cómoda que un casco protector. La otra mitad quedó a la sombra y nunca la menciono, aunque siga ahí, escondida.

Se me ocurrió pensar: y si uno se llamara de otra manera, ¿sería una persona distinta? Al menos yo, sí. Nunca volví a ser el mismo de antes... o eso quiero creer. Un nombre recortado como escopeta recortada. Un nombre es capaz de hacer un héroe de un cobarde.

Me propongo contar lo que sucedió a partir de que nuestro querido puerto perdió la cabeza. O bueno, desde un poco antes, aunque no tan antes como desde que se formó la bahía o desde que vinieron buscando el oro a estas tierras.

Les dijeron que aquí estaba el oro.

Vinieron buscando el oro y llegaron machete en mano abriéndose paso entre los carrizos. Si encontraban ser viviente que les estorbara, no dudaban en partirlo en dos. Emplumado, implume, cuadrúpedo o bípedo, lo trozaban con tal de avanzar.

Vinieron buscando el oro y creyeron que hallarían montañas enteras del metal. Buscaron el oro, pero el oro no se dejaba ver. Les dijeron que aquí la gente vestía ropas de oro y comía oro. Buscaron en los jacales y encontraron ollas de barro. Invadieron los corrales y hallaron burros y gallinas. Rajaron la tierra y encontraron lombrices. Y el oro no aparecía.

Vinieron buscando el oro y no se irían con las manos vacías. Capturaron a un lugareño y prendieron fuego a un montón de carrizos para quemarle los pies. ¿Dónde tienen el oro, dónde esconden el oro? El lugareño, curtido bajo el sol de nuestras tierras, sintió fresco en los pies y les sonrió a los buscadores de oro.

La bahía es una alberca gigante

que, según la abuela, nos dio la vida. De ahí provenimos. Esa alberca nos mantuvo en su vientre. Fuimos ajolotes de agua salada, flotando plácidamente en su tibieza. Nos alimentábamos de peces pequeñísimos y de algas. Éramos felices sin saberlo. Hasta que un día, a un ajolote se le ocurrió sacar la cabeza del agua y se dio cuenta de que afuera respiraba con facilidad. Puso una patita en la playa y, conforme avanzaba tierra adentro, creció y se convirtió en el primer poblador del carrizal, que con el tiempo se llamó Aguamala.

Somos ajolotes de agua salada que aprendimos a vivir en tierra más o menos firme: aquí los temblores nos mecen desde la cuna hasta la tumba. El puerto es nuestro hogar. Hace apenas unas décadas, Aguamala fue el lugar de los sueños. Hasta aquí llegaron los buscadores de historias, porque les dijeron que el mar arrojaba cada noche unas cuantas. Solo hacía falta venir a remojar los pies en la espuma de las olas en luna llena. Vinieron directores, actrices y guionistas a pescar sueños enormes como ballenas que proyectaban en las grandes pantallas del mundo. Aquí vinieron, con sus reflectores, sus cámaras y sus sombrillas, a fotografiarse en La Rocota y a darse vida de reyes. Y cuando la espuma de los sueños estalló en el aire, ellos también se esfumaron.

Antes se habían llevado el oro y luego se llevaron los sueños. Pero los ajolotes de este puerto se caracterizan por ser risueños. Puede llegar un huracán y, mientras los vientos arrancan el techo de su casa, la gente ríe. Al menos eso dice la abuela. La abuela dice muchas cosas. La abuela es mejor que mirar la tele. Mi hermanita y yo nos entretenemos con sus historias. Ella conoció a Tarzán, que luego de volverse gordo y calvo fue de los pocos soñadores que se quedaron en el puerto. Trabajó para él en su casa: una casa circular con vista al precipicio. Nunca creímos que el hombre de la selva, que viajaba de árbol en árbol usando lianas, pudiera ser en realidad

un aburrido actor de nombre impronunciable: un señor que necesitaba que le cocinaran sus albóndigas, le tendieran la cama y le acercaran las chancletas porque ya no se podía agachar. Para nosotros sigue siendo Tarzán y lo imaginamos con taparrabos, aunque reventara la liana de solo treparse a una. La abuela nos habla de Chita, compañera inseparable del hombre mono. Pasó sus últimos años en un asilo para animales, pero nunca dejó de ser una pícara que les escondía las jeringas a los doctores y terminaba inyectando a las enfermeras. Por lo menos eso cuenta la abuela y nos hace reír.

Somos cuatro,

como las patas de una mesa. Somos la abuela, papá, mi hermanita y yo. El puerto de Aguamala es nuestro hogar y somos millonarios. Millonarios de granos de arena y de gotas de agua salada: del mar y del sudor.

¡Miento! En realidad somos cinco, porque el loro también cuenta, y cuenta historias. A su manera, por supuesto. El loro, de cabecita amarilla, es parlanchín, y admira tanto a la abuela que hasta adopta sus gestos y habla igual. No siempre se le entiende todo, pero dice las palabras con el mismo tono que ella. A veces no se sabe si quien habla es la abuela o el loro el que habla. Cuando alguien toca la puerta es imposible distinguir si es la abuela o el loro quien grita:

—¿Quién?!

La verdad se descubre cuando el señor del gas o el del pan se cansan de contestar una y otra vez, y el loro sigue preguntando, hasta que suelta una grosería difícil de atribuir a la abuela. Aunque a veces sí es la abuela, que está sorda de un oído y también es malhablada.

—¿Y por qué tú sí puedes decir groserías, abuela?

—Porque soy tan vieja que ya me gané ese derecho. Tengo un pie en la tumba.

La abuela exagera. Es vieja, sí, pero se levanta antes de que amanezca, antes de que los demás nos levantemos, y se pone a trabajar, porque no soporta a la gente floja. O sea que no nos soporta a nosotros. Limpia la casa y hace el desayuno para que nos vayamos a la escuela. A veces nos levanta tempranísimo y nos hace creer que es día de escuela, hasta que mi hermanita y yo nos damos cuenta.

—¡Ay, abuela, hoy es sábado!

—Qué importa el día. Se la pasan dormidos. ¡Despierten ya!

Y despertamos el domingo.

Papá salió a comprar huevos para el desayuno pero no regresó. Dijo que iba a traer cuatro huevos, uno para cada miembro de la familia, aunque tuviera que pedirlos fiados. No dijo cinco porque la verdad es que discrimina al loro, aunque a éste le enloquezca el huevo y lo

pidan a gritos cada vez que descubre cuatro soles emplata-
dos en nuestra mesa.

Al ver que papá no volvía y nuestras tripas empezaban a hablar, la abuela resopló y se dirigió al cuarto trasero. Ella nunca se da por vencida y siempre tiene algún recurso entre los pliegues de su falda. Fue a rascarles a los tambos vacíos de las mazorcas. Pasando sus manos como si acariciara el interior de cada tambo, juntó con paciencia el polvillo que se desprende de los granos de elote hasta conseguir una montañita. Le echó agua, un chorrito de leche y aceite y comenzó a amasar. Con esa masa, hecha de lo que normalmente se desperdicia, la abuela preparó las tortitas más ricas que mi hermana y yo hayamos probado. Esas tortitas quedarán inscritas en la historia de nuestros desayunos familiares. Para amenizar el desayuno y quitarle la cara de preocupación a mi hermanita, la abuela quiso contar una historia.

—¿Les he contado la leyenda del oro?

—¡No! —mi hermanita y yo nos miramos sin aguantar la risa.

La abuela cuenta sus historias una y otra vez, pero nunca aburre, porque siempre las cuenta de manera diferente. Siempre cambia algún detalle. Las historias se van transformando poco a poco, y al final resulta que ya son otras.

—¿La historia del loro? ¿La historia de nuestro Pericles? —preguntó mi hermanita Lisi.